

## El problema de la alineación II

En cierta ocasión escribí un artículo sobre el problema de la alienación, en el que me refería a aquellos que una vez alienados bajo unas determinadas siglas, fueren las que fuesen, dejan de usar el cerebro, si es que por un casual, alguna vez lo usaron. En aquella ocasión tenía en mente a ciertos vividores de la política. Pero, siendo justo, debo reconocer que hay casos peores. Sí, aunque parezca imposible. Ya entonces lo apunté. Hay quienes son peores que “politicuchos de tres al cuarto”, que se dejan la dignidad olvidada cuando salen de casa por la mañana, si alguna vez la tuvieron, claro.

Estoy seguro de que a éstas alturas más de uno estará haciendo sus cavilaciones al respecto. Pero no se preocupen, se lo voy a poner muy fácil. No pretendo escribir el trailer de una novela, por lo que no les mantendré mucho tiempo en vilo. Me refiero a la alienación religiosa.

Seguro que alguno habrá exclamado: ¡Qué asco! Y con razón. Porque el político se aliena por codicia, ambición, poder, o todo ello junto. Lo que es, en cierto modo comprensible. Pero, que en aras de un supuesto conocimiento supremo alguien se aliene y pierda aquello que hace al hombre un ser único sobre la tierra, no tiene definición.

Se aliena el que cree que ha llegado a la luz. Todo aquél cuyo conocimiento se siente satisfecho y deja de hacerse y de hacer preguntas.

Cuando el hombre deja de escudriñar e investigar;

Cuando se traslada a “Villa aquí me quedo y no me muevo”;

Cuando renuncia a la posibilidad de estar errado;

Cuando considera que ya sabe lo suficiente;

Cuando se conforta así mismo y deja de otear el horizonte en busca de algo que indagar;

Cuando el ser humano se apoltrona y se inhibe del enorme privilegio del raciocinio;

Cuando cree saberlo todo, entonces, no sabe nada; ¡Qué triste alienación del de quien se ve abocado a dejar de preguntar para no descubrir la vergüenza de su deidad!

¡Qué absurda la postura de intentar justificar la ignorancia, en base a que ya no se necesita conocer más!

Somos seres racionales. Y aunque sin fe es imposible agradar a Dios. Tampoco se le agrada en, o desde, la ignorancia.

Si es verdad que hay un Dios, (Y yo lo creo firmemente y con todas las veras de mi alma), seguro que no necesita de nuestros cuidados. Seguro que no adolece de capacidad para justificarse a sí mismo ante el juicio humano.

El dios que debe ser protegido mediante la ignorancia y el subjetivismo humano, no es un dios, ni mucho menos Dios. Es un simple ídolo, o sea, nada. Basura ignominiosa que no merece ser tenida en cuenta. El Dios verdadero. Aquel que hizo los cielos y la tierra, estoy convencido de que es absoluta y suficientemente grande y poderoso como para que aún nos quede mucho por aprender de Él.

El ser humano no debiera renunciar jamás a su capacidad de raciocinio, conocimiento, juicio, asombro y sorpresa. No debe renunciar a seguir aprendiendo. Pues, cuando eso ocurre, ha dejado de ser un hombre para convertirse en masa.

Pr. Nicolás García

050310